

I and I: vida, muerte y libertad en *Changó el gran putas* de Manuel Zapata Olivella*

Eduard Arriaga Arango

University of Western Ontario, Canadá

Resumen

El presente artículo hace una revisión de la propuesta estética del escritor Manuel Zapata Olivella, basado en la lectura de su más destacada novela: *Changó el gran putas*. El artículo es parte de los resultados de un proyecto de investigación dedicado a describir y analizar la dinámica de la novela en Colombia entre 1990 y 2005. El gran logro del artículo es, a partir de dicha lectura, considerar la propuesta de Zapata Olivella como una forma de entender la cultura Afrolatinoamericana como una cultura compleja, relacionada y determinada por su visión ancestral, a partir de la cual proyectará no sólo su presente sino su futuro. Así mismo, como una conexión importante, dentro del mismo se considera la relación entre la propuesta de Zapata y la visión del *I and I* propio de la filosofía Rastafari.

Palabras clave: cultura Afrolatinoamericana, Novela, Zapata Olivella, *I and I*, Libertad.

Abstract

The present paper intend to review Manuel Zapata Olivella's work based on his most outstanding novel, "Changó el gran putas". Likewise, this work is the partial outcome of a large research project focused on the Colombian novel dynamic. Its main goal is to consider the Zapata Olivella's contribution as a proposal to understand the Afro Latin American culture as a complex one, which is related with their ancestral outlook used to project their present and their future. In addition, through the review of the some African and Afro Latin American religion fluxes, the paper set up a close relation between the Zapata Olivella proposal and the *I and I* vision from the Rastafarian philosophy.

Key words: afro Latin America culture, Novel, Zapata Olivella, *I and I*, freedom.

* *I and I: life, death and freedom in Changó el gran putas* by Manuel Zapata Olivella. Recibido y aprobado en noviembre de 2008.

Jesús, al regresar de su retiro espiritual en el desierto durante cuarenta días, tiene la experiencia del encuentro con un espíritu “inmundo” que debe ser expulsado. Desde luego, antes de llevar a cabo el exorcismo lo cuestiona, preguntándole acerca de su nombre; en respuesta éste le dirá: “Legión me llamo; porque somos muchos” (Marcos, 1996: 132). Este pasaje bíblico ilustra que tal será no sólo el nombre aborrecido sino una de las claves que determinarán el desarrollo de la cristiandad. Legión será sacado y despreciado por el resto de la existencia –echado, literalmente a los cerdos– porque la pretensión de la verdad y de la espiritualidad judeocristiana será la identificación, proceso improbable dentro de un “número incierto de personas, espíritus o animales” (Diccionario RAE, 2000: 252). El pecado y el temor como principios condicionantes de obediencia y reconocimiento a un dios, no tendrían razón de ser si no hubiera una identidad responsable; es decir, en el mítico y temido fin del mundo (la solicitud de cuentas por parte de Dios a los pecadores) la única forma de hacer que paguen por lo cometido es sabiendo exactamente quienes son y de qué son responsables. Es por ello que ser legión no es ni admitido ni posible por un código como el judeocristiano.

Legión será descrito indirectamente por Marcos (1996, v. 2), al describir al hombre que lo posee. Las características fundamentales de éste serán que “tenía domicilio en los sepulcros, y ni aún con cadenas le podía alguien atar; Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él y los grillos desmenuzados”. Es decir, el *locus amenus* de Legión no sólo será el interior del hombre, sino la vecindad con la muerte como improbabilidad de ser sometido y obligado. Esto es precisamente lo que liga al lector a una obra que como *Chango el gran putas* de Zapata Olivella, propone una visión desligada de la identidad única y verdadera.

La representación estética y literaria, de una u otra manera –llámese realismo, costumbrismo o cualquiera de las clasificaciones críticas– han estado definidas por este patrón de pensamiento uniforme, identificatorio, judeocristiano; no obstante, en tanto literatura, han llevado a cabo intentos constantes de escape propios de la ficción. La creación ha sido y será un proceso gobernado por Legión, puesto que dicho terreno es la vivencia y convivencia en otros cuerpos, en otros seres, en otros tiempos y en otros espacios. Y tal es el caso particular del texto de Zapata Olivella, quien a través de su obra nos presenta diversidad de espacios, de tiempos, de personajes, de voces, de narradores y de perspectivas.

Por su parte, un analista podría desarrollar un exhaustivo análisis micro-textual en el que determinara el manejo lingüístico y su significación. En el que sería factible encontrar que el texto tiene elementos diversos y complejos: un comienzo lírico, interpretado como una representación épica del mundo africano (Botero, 2000; Piqueiro, 1992); un manejo verbal narrativo que oscila entre el pasado y el futuro; la configuración de unas voces que se sienten desestructuradas y que sólo se unifican por pertenecer al mismo mundo narrado, cambiando de forma inesperada entre una y otra; unos personajes que se convierten en narradores y que aparecen y desaparecen porque parece como si ellos tuvieran el poder de crearse a sí mismos y de trascender la muerte que la misma escritura les confiere; tiempos y espacios que gobiernan a personajes y a narradores en una evolución desgastante y enmarañada, que se lleva a través de muchos momentos históricos y tal vez de ninguno en concreto; y seguramente mucho más. Pero dicho análisis abordaría a *Changó* desde una universalidad teórica que supondría la pérdida y la invisibilización del efecto afro-indo-hispano-americano que lo sustenta. Es por ello que hago un llamado de atención sobre la lectura de la novela desde la perspectiva de la desnudez sugerida por el mismo autor (Zapata Olivella, 1992: 1) –desnudez que en el ámbito cultural afro no es sino la vestidura de lo natural, de lo ancestral y de lo múltiple–.

Desde esta lectura “desnuda” es posible afirmar que *Changó* plantea una poética triple de la muerte como libertad, vida y saber, en la que se posibilita el encuentro multiétnico propio de lo americano. Tal propuesta ético-estética se hace a partir del mundo mítico africano de la muerte, y de las transformaciones –enriquecimientos, resignificaciones y reinventiones– sufridas en el continente de la muerte-vida: América.

Aunque la novela lleve por título el nombre del Oricha de la guerra y del trueno –Changó–, quien fue desterrado de Ile-Ifé, y quien a partir de allí genera la diáspora y el destino del Muntu, la configuración estética de la misma está sentada en el protagonismo que Legba –entre sombras y a través de ellas– tendrá en la “restitución” de la libertad. A partir de esto cada personaje será un muerto vivo que exhorta o será exhortado para continuar buscando ese bien perdido, la restitución de la dignidad, y la consolidación de un espacio destinado como vientre matricial para el surgimiento del hombre. Pero esta es una dinámica directamente conectada con las visiones manejadas por las religiones africanas. Al respecto Placide Tempels

(1969: 79) nos dirá que “Las religiones africanas son esencialmente vitalistas. El individuo nace y sobrevive gracias a un pacto irrecusable con sus ancestros, por lo cual se compromete a conservar y enriquecer su vida”.

Es decir, la vida se define desde la muerte o gracias a los muertos, comprometiéndose a los vivos, a su trascendencia, a ser libres y a vivir con plenitud. Y eso es precisamente lo que ha hecho trascender al negro en su empresa emancipatoria; la muerte no es una indignidad, es una consecuencia lógica y extrema por preservar la vida misma. Ejemplo de ello es no sólo Manuel Zapata sino él al interior de su obra y en especial de *Changó*.

Es a partir de la muerte misma que el negro crea e innova en sus formas de existencia y de subsistencia. Venir a América fue venir a la muerte, es decir a la posibilidad de creación y de consolidación de una visión lúcida sobre la existencia. Al respecto el mismo Zapata (1999: 106) mismo dirá “la muerte, aunque nos parezca paradójico para un ser tan vital como el negro, le brindó el camino más expedito para su realización creadora y espiritual”, y continúa, refiriéndose a la relación de las visiones religiosas con la creatividad:

Su religiosidad es profundamente lúcida, histórica, cultural. Sin la sabiduría y experiencia de los Ancestros, convertida en fe, en norma, en silenciosa lámpara, no podremos explicarnos nunca el comportamiento del esclavo africano ante su azarosa existencia; ni mucho menos su respuesta creadora ante la insensatez de sus opresores (Zapata Olivella, 1999: 110)

Y esa comprensión está claramente concreta en *Changó*, haciendo contraparte al mito judeocristiano de la anti-legión, de la identidad única y unidimensional. Bencos Biojó, Simón Bolívar, El general Padilla, Mlacom, Angie Brown y todas las sombras personajes que existen en el mundo de la novela estarán precedidos y determinados por otras sombras, por los Orichas, por Chango, por Legba, por Yemayá, y las suyas mismas desde la muerte visitarán a otros vivos muertos; es decir, serán legión, y en el caso presente serán literatura, una literatura de la muerte, desde la muerte y en la muerte.

“Soy favorecido con la vida inmortal” dirá Padilla; “Después aprendí, por propia experiencia de difunto que el hombre puede vivir bajo tierra” –anotará Bencos–; “Soy Pedro da Silva Pedroso y sólo tenía veinticuatro años

cuando fui ahorcado” reclamará Pedro. Y estas son sólo un par de citas que ponen en evidencia la apuesta ético-estética de Zapata en relación con la obra; una apuesta que en términos verbales también entablará juegos temporales propios de la muerte, en los que sus protagonistas –los muertos- dirán “Nuestra mirada se proyecta hacia el pasado y el futuro. Sólo los vivos padecen la angustia del presente”. La muerte y la convivencia permitirán instaurar una relación interesante entre muerte-heterogeneidad e identidades, dinámica literaria que será no sólo subyacente sino completamente evidente dentro del texto. Manuel (1999: xix) dirá en el prólogo de la novela comunicándose con el lector: “No hay más huella que la que tú dejes: tú eres el prisionero, el descubridor, el fundador, el libertador”; Es decir, ese tú que somos nosotros, será un todos, en cada uno de nosotros estarán los otros.

Pero la muerte no será el único elemento dentro de la novela, y no será una etapa aceptada por el negro con un ánimo desinteresado; la muerte estará en estrecha relación con la libertad. La visión sobre la muerte presentada hasta el momento –ha quedado claro- es la consecuencia del pensamiento religioso de las culturas negras, trascendiendo las trampas, los vetos y las hibridaciones propias de la esclavitud. Es decir, “la fe en los poderes mágicos, la certeza de que sus Orichas y sombras están en él –no con él- realizó el milagro de sentirse libre, superior a la muerte, a los amos y a la soledad” (Zapata Olivella, 1999: 111).

Aquí Zapata Olivilla nos permite pensar que el problema de la libertad del negro dependió, depende y dependerá del auto-reconocimiento que tenga para posibilitar o superar –si es necesario- el reconocimiento de los demás. Esa fe en los poderes mágicos y en los Orichas será una confianza en sí mismo, que le permitirá vencer los obstáculos que la vida y el destino pongan en su trayecto. En *Changó* dicha relación está dada a lo largo de las cinco novelas que contiene, pero es determinante para la última, en la que Angie Brown, en tanto protagonista, reunirá a todos sus ancestros como forma de reconocimiento y auto reconocimiento, buscando la libertad, mandato y designio de Chango. Ella dirá, subiéndose al púlpito:

Me dirijo a vosotros ekobios que me escucháis. No a los blancos sordos. No vengo a pedir paciencia ni resignación, ni vanas esperanzas: les anuncio el culto de la vida y las sombras que inspiran la rebeldía que hay en nosotros los Negros. Más allá sólo perdura

el eco de los sueños. Pero oídlo bien, vida t rebelión no existen sin la presencia de los muertos. Somos la fuerza de todo lo que fue y la fuente poderosa de todo lo que será [...] Sólo rebelándonos los vivos y los muertos a través de todas las sangres cumpliremos la profecía (507).

Y es que Angie es la síntesis de todos los personajes y de todo lo planteado en la novela. Pasado, presente y futuro estarán reunidos en ella, haciendo que la muerte como la hemos visto con anterioridad, adopte un estatus similar al de la vida; lo importante para dichos efectos será la búsqueda de la libertad, la consolidación de la rebelión. Pero debe quedar claro que no es la libertad y la rebelión de los negros sino de la de todo un continente como América. América será considerada por Manuel, como el continente de la muerte-vida-libertad, donde se engendró al hijo de las aguas, al Muntu americano, que sólo conseguirá la libertad de la vida a través de los muertos. El negro no sólo será imagen ejemplarizante sino que será líder en el proceso emancipatorio

El concepto de libertad sugiere la recuperación —en los casos en los que se ha perdido— y sostenimiento de la dignidad del pueblo, basada en sus creencias tradicionales. En la novela se evidencia cómo la conciencia del pasado mítico y mágico religioso “permitió al pueblo africano mantener el recuerdo de haber nacido libre y de sentirse libre aun cuando lo hubieran encadenado. Esa ha sido su dignidad, jamás perdida en el socavón de la esclavitud” (Zapata Olivella, 1999: 108). Ese concepto de libertad le permitirá al autor hacer una propuesta, declarar una posición no excluyente respecto a la libertad de todo un continente, de la tierra destinada para la vida.

Esta inclusión se entiende mucho mejor a través del concepto de negredumbre, acuñado por Manuel, diferenciándolo del de negritud, planteado por Leopold Sedar Senghor (1970). Este último es considerado por su autor como “el conjunto de valores culturales del mundo negro, tal y como se expresa a través de la vida, las instituciones y los valores de los negros” (Senghor, 1970: 35). Por su parte, el concepto de negredumbre será definido por Zapata Olivella como “la herencia biológica que nos ha llegado del mestizaje entre lo indio y lo negro, entre lo blanco y lo negro, ese revoltillo africano tantas veces mezclado en el crisol de América” (Zapata Olivella, 1998; 108). Los dos conceptos se diferencian por la particularidad del primero en relación con lo negro, mientras que el segundo considera la mezcla inevitable que ha sufrido el componente africano, dejando una huella imborrable aunque algunas veces invisible.

La negredumbre es el motivo para que plantee la libertad del continente en tanto es la libertad del Muntu, así como para que construya personajes tan disímiles como Bolívar o Morelos. Esos personajes no sólo serán hijos de América, sino que a través de la muerte –Morelos como ejemplo– se darán cuenta de esa herencia no solamente biológica sino cultural que el negro dejó en su existencia –o no existencia–.

Pero el verdadero poder, la verdadera significación de *Chango* comienza a establecerse ahora, con la muerte de Manuel. La obra, así hubiese sido previamente leída y recibida –haciendo apología a las teorías hermenéuticas y de la recepción–, estaba incompleta, incomprendida. No significa que es necesario que los autores mueran para que sus obras se entiendan, pero en el caso de Manuel la muerte es la concreción de su propuesta estética. La literatura se salió del libro y tomó a la muerte sin susto, como punto para seguir peleando por la vida; su muerte nos “obliga” a reunirnos y a mirarnos. Legba se sigue comunicando con nosotros, nos sigue abriendo los caminos para transitar, nos comunica con nuestros ancestros y Manuel ya hace parte de ellos. Su *Changó* ahora se escucha más nítido, es *I and I*, está en nuestro interior como parte de la legión que nos gobierna y que nos hace preguntarnos constantemente por lo que somos, por lo que estamos siendo. Un *I and I* que representa un múltiple yo vigilante, que no es pasado, ni presente, ni futuro, sino que es todos los tiempos juntos. *I and I* como concepto, sensación y pensamiento natural de totalidad que abarca mí, tuyo, mi, nuestro, suyo, suyos, Yo, tú, él. Una apuesta que no es sólo para los afro, sino que es para la negredumbre o para la “afrodumbre” –en términos de la utópica pureza lingüística– que está en nosotros, que está en ustedes, por nuestra interpenetración –aunque muchos salgan corriendo a revisar su árbol genealógico y, por si acaso, a purificar sus genes a como dé lugar. No somos blancos, no somos negros, no somos indígenas; somos todo eso mediados por las imaginерías que nos hemos inventado, que nos hemos impuesto y en las que creemos. Manuel Zapata Olivella nos ha permitido desnudarnos, nos ha permitido sentir, haciendo carne a la literatura afroamericana, representada en esta novela se ha hecho carne, y sólo es posible sentirla desde la desnudez: *I and I*.

Pero no todo es felicidad. Está será, ha sido, y quién sabe hasta cuando seguirá siendo, una novela excluida. Ayudada –o más acorde con la realidad, truncada– por su dificultad de lectura, por su extraño lenguaje, por su infortunado color de origen, hace que el letrado la abandone y la condene al exilio cuando no al olvido. Olvido como la sombra que invisibiliza su

verdadera dimensión bajo las maravillas y las magias macondianas, enceguecedoras igual que los hielos circenses. Exilio como destino obvio de todos aquellos incomprendidos y violadores de las reglas de su campo, de su momento: ser, en su mayoría, considerados por las visiones externas, curiosas y extranjeras que buscan la explicación del exotismo interno.

Changó, publicado por primera vez en 1983, con una reedición en 1985 y una nueva edición crítica para 1992, no adolece de atención editorial, aunque no se podría asegurar que fuera el éxito esperado por todo negociante de la cultura. De acuerdo con esa difusión, con esa participación, y con la consolidación de una obra reconocida –ganadora del premio Francisco Matarazzo Sobrinho en Sao Paulo– cualquier lector atento esperaría la aparición de una nueva posición al interior del campo de la novela. Y realmente se formó, puesto que allí se movió y apostó Zapata Olivella. Apostó aunque su “autonomía” se convirtiera en soledad literaria. El problema surge con la visión hacia futuro dentro del mismo campo. Después de la publicación de esa novela es obvio que más autores afro o con preocupaciones por lo afro y por la multietnicidad han retomado la batuta dejada por el escritor afro-caribe, pero no tantos como se esperaría. La influencia de *Changó* en la creación de un mundo de los posibles dentro del campo se ve limitada. En 1990, dentro de un rango de publicación de 35 novelas –editadas por primera vez– ninguna de ellas trabaja una temática similar, ni reconsidera el mundo afro, afirmado esto desde la evidencia de la investigación (Arriaga & Angulo, 2008). En 1991 crece el número de novelas a 48, de las cuales sólo dos son apuestas afro. La primera, publicada por su autora sin un apoyo editorial, será auto-considerada novela; se trata de *El papi gamín de* Taresa Martínez de Varela. Además de lo descrito es importante decir que la publica en Quibdó, ciudad en la que la edición de una novela –presupuesto desde la centralidad– se constituye en milagro digno sólo de una relación científica. La segunda es *El quebrador*, de Miguel Caicedo Mena, quien como elemento notable, debe salir del chocó para publicar en una editorial antioqueña que pretende promover a los escritores chocoanos (Promotora editorial de autores chocoanos Saúl Darío Arango Montoya, tal vez un mal recuerdo colonizador). En 1992 volvemos a tener dos más del creciente número total de 53 novelas publicadas. Allí encontramos a Gabino Machado Sánchez y a Gonzalo Salvador Tello. El primero publica *El cojo Gómez*, a través de una editorial chocoana llamada María; el segundo publica una novela cuyo título es *Selva Mágica*, publicada por VyT Editores, ubicada en Cali. Para 1993 en un rango de publi-

caciones cercano a las 60, tenemos a Fernando Lindo Solarte con *Frisco y Pepe noche, con los dioses un derroche*, y al mismo Zapata Olivella con *Hemingway: el cazador de la muerte*. En 1994 aparece Alfonso Carvajal, con una novela titulada *El desencanto de la eternidad*, publicada en Medellín y que problematiza la relación con San Pacho desde la religiosidad judeo-cristiana del miedo a la muerte. Y así, durante el recorrido de nuestra investigación seguimos encontrando esas representaciones que sólo están representadas pero no reconocidas, porque la crítica no se ha pronunciado sobre ellas, y mucho menos los profesores, las editoriales, los medios de comunicación o los lectores distraídos.

Si *Changó*, reconocida y visitada, ha sido dejada de lado –excluida– por la incompreensión letrada de lo oral, qué podremos esperar de estas y las futuras novelas que propongan temáticas similares y realicen apuestas rupturales. Y no sólo de las propuestas afro o preocupadas por lo afro, sino de todos aquellos que la institucionalidad literaria misma no les ha dado voz, ni carne, ni instrumento con el cual llamar la atención o despreciarlos. Mujeres escritoras de tiempos libres, mimos trabajadores en la diversión de su espíritu o desposeídos del lenguaje críptico de la literatura, pero con la imaginación propia de la creación, son bienvenidos al *I and I*; a morir, a vivir y a liberarse como una puerta abierta desde el más allá de Elegba.

Bibliografía

- Arriaga, Eduard & Angulo, Yamilet. (2008). *La novela en Colombia: 1990-2005; entre consagración y exclusión*. Informe Final de Investigación. Bogotá: CIDC Universidad Distrital F.J.C.
- Pineda Botero, Álvaro. (2000). *Del mito a la posmodernidad*. Bogotá: Norma.
- Santa Biblia*(1996). South Holland: Liga Bíblica
- Santana Archibold, Sergio. (1996). *Bob Marley*. Medellín: Salsa y Cultura.
- Sedar Senghor, Leopoldo (1970). *Libertad, negritud y humanismo*. Madrid:, Tecnos.
- Temples, Placide (1969). *Bantu Philosophy*. París: Presencia Africana.
- Zapata Olivella, Manuel (1992). *Changó el gran putas* (2ª ed). Bogotá: Rei Andes.
- Zapata Olivella, Manuel (1998). “La negredumbre en García Márquez”. En: *Cien años de soledad treinta años después*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto Caro y Cuervo (pp.128-148)
- Zapata Olivella, Manuel (1999). *Las claves mágicas de América latina* (2ª ed.).(Primera edición 1989). Bogotá: Plaza y Janes.